



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 47. - Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes | 18 Diciembre 1877. | Se publica en diez distintos idiomas. - Año XXVII.

SUMARIO. - Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda. - Traje de faya azul para concierto. - Vestido elegante para baile. - Fichú manteleta. - Vestido princesa con echarpe-chal. - Vestido princesa con echarpe. - Traje de calle para señora. - Traje de calle para niña. - Corbata China. - Cuello esclavina para vestir. - Vestido con cuerpo-blusa para baile. - Vestido princesa para baile. - Paletot de terciopelo. - Sombrero de fieltro blanco para niña. - Sombrero de castor para niña. - Cofia adornada de plisés para señora. - Cofia

guarnecida con entredoses y encajes. - Prendidos para baile. - Diadema de follaje. - Corona y ramo de plumas y flores. - Corona de estrellas. - Dibujos de crochet y punto de aguja para pañuelos. - LITERATURA. - Coser para las tiendas, por José del Castillo y Soriano. - Ofrenda á la Virgen. - poesía, por Jesus Cencillo. - Sin verse, por Alfonso Karr. - Julia de Sandoval, por Josefa Sevillano de Toral. - Bibliografía, por Vicente Cuenca. - Charadas. - Economía doméstica. - Variedades. - Explicación del figurin.

REVISTA DE MODAS.

Algunos enlaces verificados entre personas de la primera nobleza española, otros anunciados para muy pronto, y las fiestas que ha de motivar el enlace régio, harán que este invierno la capital de España forme época en los fastos del lujo y de la moda. Grandes son los preparativos que se hacen en general y cada señora en particular, para tan señaladas fiestas, y fuerza es reconocer que la moda actual les ofrece ancho campo en que lucir su caudal y su buen gusto. Jamás los trajes se han hecho de más ricas telas, ni las combinaciones de capricho han representado papel tan importante, permitiendo atavíos verdaderamente artísticos. Los trajes ceñidos han fijado la severidad de las líneas y la distinción verdadera, ajena á la confusión de recogidos, lazos, pabellones y colgaduras de todos géneros: hoy la riqueza de los terciopelos y el raso, en union de los brochados y terciopelo cortado, son el fundamento de los trajes ricos de salón, que de ellos me ocuparé con preferencia por estar sobradamente discutido para este invierno el tema de los vestidos de calle. Para éstos, en nevados, paños, tejidos de borra, y todas estas mismas telas mezcladas con la faya ó el terciopelo en su color mismo, se utilizan los adornos de flecos, pasamanerías, pieles y cintas de terciopelo cortado, y para los de salón las cenefas bordadas con sedas, felpillas y cristal de colores, verdaderos bordados de pederria, los de relieve, los terciopelos cortados, las plumas caprichosas y los flecos de capullos de flores, ofreciendo un arsenal donde hallarán recursos todas las exigencias y todos los deseos.

Para trajes de salón, la forma princesa reina sin rival, y aunque para baile en telas ligeras se intenta el vestido blusa, no tiene partidarias, y aún en los trajes de tul y tarlatana se hace la forma princesa sobre un viso de faya ó raso del color de la tarlatana, indemnizando lo liso de la parte superior con la multitud de plegados, echarpes y bulloes que adornan la parte inferior de la falda, y muy particularmente la cola, que en casi todos estos trajes de pretension es añadida desde la mitad de la falda, y recogida y plegada debajo de lazos ó echarpes sujetos con flores. Esto para los vestidos puramente de baile; pero los más ricos, los que marcan verdaderamente el carácter de la moda actual son los de salón en telas más ricas: empléase el terciopelo frappé ó cortado, los brochados ricos, los de trama de plata y oro, todos ellos para la parte lisa de



1. Traje para concierto.

1 Y 2. TRAJES PARA SALON.

3. Vestido para baile.

forma princesa, que se abre generalmente sobre un delantal de otra tela, unas veces prolongándose en todo el largo de la falda, y otras como un chaleco largo cortado por un echarpe atravesado que rodea el traje y va á morir sobre la cola. El escote de estos trajes suele ser cuadrado, y la manga corta con vuelta y encajes, cerrando la parte superior del vestido sobre el chaleco ó delantal con bieses, pasamanerías ó plegados con encajes ó guarnecidos bordados con sedas de colores y cristal sobre gasa blanca ó del color del traje. Para estos vestidos de gran recepción, empiezan á reemplazar los dibujos Pom-

padour, de grandes ramos sueltos, á los dibujos en brochados menudos, y es muy frecuente para sujetar los encajes que adornan la cola, ó para fijar los recogidos de un echarpe, recortar algunas flores de la tela misma que se orillan de cordón de oro ó de cuentas de cristal ó acero, dando al traje maravillosos reflejos.

Fuerza es confesar que la moda tiene cierta tendencia al relumbron, que no es del mejor gusto; pero la moda actual se paga de los contrastes, y no será extraño ver al lado de un traje de raso bordado con cristal de colores, que parecerá salpicado de esmeraldas y rubíes, otro con fleco de fuchias, de plumas ó de hierbas marinas. También será muy frecuente sujetar una agrupación de encajes con un pájaro atravesado con una flecha de oro.

Respecto de los colores más de moda, daré á mis lectoras la siguiente escala: En azules, el azul pavo, el azul agua, el azul cieta, el azul nidijo, el azul noche, el azul pájaro y el azul piloto. En verdes, el verde musgo, verde bronce, verde lagarto, verde rana, verde mirto y verde felpilla. En rosa, rosa eglantina, rosa chipre y rosa geráneo. En granas, el rojo dalia, rojo carombier, rojo púrpura y coral indio. Y en marrón, el marrón núa, el marrón aleli, el marrón boca de lobo, el marrón jaguar y el marrón pan quemado. Hay además colores que no tienen escala y que solos ó combinados con otros disfrutan del favor de la moda, y son el nácar, el gris canario y el gris huron; el musgo marino, el amarillo california y el color de oro antiguo: el violeta es color que no se lleva en la actualidad más que para medio luto, y hasta en guantes es hoy preferido el blanco ó gris perla al violeta y pajizo, que han perdido todos sus derechos.

En joyería, mucho y nuevo, viéndose con frecuencia lo falso mezclado y confundido con lo fino: brazaletes, collares, broches para los abanicos, ca-

prichos de todos géneros para sujetar los lazos, las flores ó las plumas; todo lo que puede brillar ó avalorar un traje, está permitido por la moda actual. Á propósito de brazaletes, indicaré que no sólo el antebrazo es hoy favorecido por este adorno: la moda permite el doble brazaletes, colocados á distancia y unidos entre sí por una cadena que despide mágicos reflejos al mover el brazo, y sobre todo al bailar.

Como salidas de teatro, el dolman-visita tiene siempre la preferencia, ó la gran capa de faya forrada de pieles: la primera, de paño lanudo por dentro y de color

gris claro, va toda guarnecida de una tira de pluma blanca sobre fondo núa, enriqueciendo las mangas y centro de la espalda grandes arabescos bordados de cordón de seda gris y cordón de oro. Otras veces esta misma forma se copia en tricot negro con piel renard azul alrededor y trencillas de oro como bordado, completando á veces tan rica prenda un forro de piel, en cuyo caso se suprime la de alrededor, dejando asomar el borde de la otra.

El uso de las pieles está tan generalizado este año como los anteriores, digan lo que quieran sus detractores: cuellos grandes, guarniciones de abrigo, boas y corbatas, se ven en los atavíos de las elegantes, y el indispensable manguito, algo mayor que en los años anteriores, que apenas dejaba introducir cómodamente las manos. Entre multitud de pieles de diferentes clases y nombres, el *skung* y el astracán son las adoptadas para luto, la marta y la chinchilla legítima para vestir, entrando después por su orden todas las demás.

Ahora, lectoras mías, hasta el año próximo, que os deseo fecundo en dichas y en fiestas que permitan lucir vuestra elegancia y hermosura.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES PARA SALON.

1. *Traje para concierto.*—Vestido princesa de faya azul marino con tirantes de encaje negro y bieses de terciopelo bordados con cristal luz de luna: manga estrecha abierta de abajo en la costura exterior y adornada con vuelta y encaje. Plegado de crespón blanco á la mano y volante barredero de muselina. Patron en el mes de Julio.

2. *Vestido para baile.*—La falda de tul con guirnalda de flores, vivos de raso y una drapería de tarlatana azul: tiene 334 cents. de ancho por 107 de largo por delante y 180 por detrás: los plegados tienen 10 cents. de ancho y el rizado 11, figurando la falda misma, por su bullonado, una túnica que se completa con la parte de atrás recogida por ramo de flores y adornada de bieses de raso. Cuerpo-blusa con manga de bullon, rodeando el escote un bies de raso como el cinturón. Las flores son eglantinas y miosótis.

3 Y 4. SOMBREROS PARA NIÑAS.

El primero, de fieltro blanco, tiene el fondo de 9 centímetros de alto y se guarnece de un bies de faya que termina por detrás con lazadas y fleco en las caídas, bies estrecho al borde del ala y pluma blanca.

El segundo, de castor gris, lleva vivo de faya al borde y rodea la copa una cinta que desciende por detrás en lazadas y caídas. Pompon de seda en la parte superior.

5 Y 6. FICHÚS MANTELETAS.

El primero es de cachemir y forma triangular: se corta de un cuadro de 105 cents., dividiéndole por la mitad y redondeando la punta de atrás: el fleco de seda lleva á la pegadura una tira de pluma, y la parte de bies vuelve en chal ó cuello: este fichú sirve para traje de calle.

El segundo, de tela de granadina rayada blanca y azul, está destinado á traje de baile, para echarle sobre los hombros cuando se acaba de bailar: tiene 50 cents. de ancho por 210 de largo, y le adorna un fleco deshilado en la misma tela.

6 Y 8. VESTIDO PRINCESA CON ECHARPE-CHAL.

La novedad de este traje consiste en el echarpe, que figura el extremo de una túnica sobre el mismo vestido, y se compone de un paño al hilo de 80 cents. de ancho, recogido como una drapería por delante y formando punta de albornoz por detrás, marcando el cróquis número 8 el espacio que ocupan los pliegues y los sitios en que se sujeta la parte de atrás para la punta. Este vestido es de lana de cuadros, con el centro de la espalda y pecho de paño y plegados de cachemir.]

9. VESTIDO PRINCESA CON ECHARPE.

Es de lana verde oscuro con bieses estrechos de terciopelo dispuestos en tirantes que se prolongan hasta perderse debajo del echarpe. Este es también de terciopelo, de 40 cents. de ancho por 80 de largo, saliendo de las costuras de los costadillos á 50 cents del talle, formando un gran lazo sobre la cola: plegados de faya y un volante de la tela misma adornan la falda.

10 Y 11. COFIAS DE MAÑANA.

La primera tiene para el fondo un óvalo de tul fuerte, de 24 cents. de largo por 22 de ancho, plegado alrededor y montado á un paño de 45 cents. de largo: plegados de muselina blanca de 3 cents. de ancho con puntilla rodean la cofia, y cubren la union unos bieses dobles de la misma muselina. Lazos de muselina con encaje, que puede bordarse con algodón de color.

La segunda, núm. 11, tiene un ala redondeada de tul de armar de 2 1/2 cents. de ancho por 54 de largo; y el fondo de muselina alternado á tiras con entredoses de hilo, se corta bastante largo para que termine por detrás en un bavolet, montando el fondo á pliegues por arriba y por abajo al ala: un plegado de muselina de 3 cents. orillado de encaje, y un retorcido de cinta con plegados de encaje, completan la cofia.

12 Y 13. TRAJE DE SEÑORA Y NIÑA.

12. *Traje de calle para señora.*—(Patron del paletot en Noviembre.)

Este vestido, propio para días fríos y salidas de mañana, es muy útil y de gran comodidad, hecho en paño borrego ó de borras: la falda, redonda, va terminada por un volante ligeramente fruncido de 25 cents. de ancho y cosido al canto de la falda para completar su largo: tiras de paño de color más claro y cosidas con muchos pespuntos adornan el traje y el paletot, que tiene 85 cents. de largo por delante, 93 por detrás y 184 de ancho. El patron ofrecido en el mes anterior sirve para este modelo. Sombrero de castor con faya y pluma.

13. *Vestido para niña.*—Puede ser este traje de paño, lana de borra ó terciopelo: el delantero y los costadillos terminan poco más bajo del talle, unidos á una falda plegada de cachemir, y una drapería forma túnica-delantal que va á terminar sobre el centro de atrás plegado en todo su largo. Echarpe de seda y sombrero de castor.

14. CORBATA CHINA.

Las corbatas y chales de crespón de la China bordados son muy estimados siempre, y la que presenta el modelo es de fondo negro bordada de dos tonos azul claro.

15 Á 17. CUELLO ESCLAVINA.

Puede usarse con un traje elegante para casa ó teatro, y el núm. 15 y 16 le presentan en detalle, hecho con trencilla y calados, género ruso. El núm. 15 ofrece de tamaño natural uno de los motivos del dibujo, y será fácil ordenarlos teniendo á la vista el núm. 16, completando el ancho del cuello con entredoses del mismo género y montándole á una tira estrecha al hilo, á la cual se cose la cinta que sirve de corbata, con otra flor de encaje á la punta y la gola plegada de crespón.

18 Á 21. ADORNOS PARA BAILE.

18. *Diadema de follaje.*—Compónese de hojas de todas clases y tonos, mezcladas con campanillas y hierbas largas y flexibles.

19 y 20. *Corona y ramo de plumas y flores.*—Los adornos de pluma y flor son los más estimados, y el que presentamos tiene un sprit de plumas azul claro entre geráneos y rosas, siendo los tallos de gutapercha para que resulten flexibles. El núm. 20 muestra el ramo del pecho.

21. *Diadema de estrellas.*—La flor así llamada y alternada en diferentes colores forma la corona, que termina con ramas muy flexibles que se enredan entre los bucles.

22 Y 23. VESTIDOS PARA BAILE.

22. *Vestido con cuerpo-blusa.*—Es de tarlatana rosa con doble falda, y plegados y ruche cortados al hilo de la tela y sin doblez: este adorno tiene 40 cents. por delante y 60 por detrás, recogiendo la cola por algunos pliegues, adornando el cuerpo plegados de tul al escote y grupos de rosas.

23. *Vestido princesa.*—Puede cortarse este traje por cualquiera de los patrones de esta forma ya recibidos por nuestras lectoras, y se hace en tarlatana, gasa tul ó crespón, forrado de seda del color mismo. La falda lleva un bajo ancho de linón para que sostenga el adorno, que son dos grandes echarpes plegados con volantito al pié, terminando por detrás bajo otros dos paños que se cruzan y agrupan bajo ramos de flores y descansan sobre la cola adornada de plegados. El drapeado de la berta y el de la manga van sujetos por presillas de seda, y una guirnalda de flores cruza del hombro á la parte contraria de la falda.

24. PALETOT DE TERCIOPELO.

(Patron en el mes de Noviembre.)

Córtase este paletot por el patron ántes indicado, y tiene 80 cents. de largo por delante y 85 por detrás, adornándole rico fleco de pasamanería con cristal luz de luna y encaje negro con pasamanería igual en el pecho y mangas.

25 Y 26. PUNTOS DE LANA PARA PAÑUELOS.

25. *Punto de crochet.*—Ejecútase con lana fina una hilera de ondas de cadeneta á punto liso, y en las vueltas siguientes se van enganchando las otras en el centro de las anteriores, alternando una vuelta sí y otra no dos ondas claras hechas como todas de 5 puntos de cadeneta y una de 5 barras siempre trocadas en su colocación como indica claramente el dibujo.

26. *Punto de aguja.*—Se ejecuta con agujas de acero y lana con solas dos vueltas siempre repetidas.

1.ª—Un punto liso, una trabilla, y en las siguientes corresponden á estas * una trabilla, uno liso, una trabilla *. En la vuelta segunda la trabilla se hace junta con el punto liso. Las agujas deben ser muy gruesas.

JOAQUINA BALMASEDA.



COSER PARA LAS TIENDAS.

Del discreto periódico *El Tiempo*, copiamos el siguiente artículo por considerarle muy oportuno y digno de que las señoras que abriga un corazón sensible, y á quienes ha dispensado sus dones la fortuna, fijen en él su atención, escogitando los medios de conjurar los males que su autor lamenta, y que toman cada día mayores y más terribles proporciones.

¡Coser para las tiendas! Hé aquí la única esperanza de la mujer honrada al ver ennegrecerse por momentos el horizonte de su porvenir y acercarse insensiblemente días de triste adversidad.

Coser para las tiendas: esta es la respuesta que dan las hijas cariñosas al elocuente y desconsolador *¿qué hacemos?* en que la aflijida madre de familia sabe compendiar toda una situación desgraciada, cuando la duda se apodera del pensamiento y el ánimo desfallece.

Esta es la proposición que con voz balbuciente y húmedos los ojos hace siempre la virtud al infortunio de la mujer, lo mismo á la humilde hija del obrero á quien cupo la suerte de nacer en modesta cuna, que á la aristocrática dama que ve desvanecerse en un mes, en un día, en una hora, á causa del tiempo ó del azar, por necesidad ó por imprevision, sus galas, sus trenes y su envidiado lujo, convenciéndose, al perderlos, de que son polvo miserable que arrastra caprichoso el viento de la desgracia, humo que se disipa en el horizonte sin dejar más que una huella pasajera, y tenue luz instantánea, relámpago brillante que apenas si se nota por la rapidez con que nace y muere en las negras sombras.

Coser para las tiendas, último consuelo de ciertas aflicciones, recurso á que acude la infeliz viuda, la desamparada huérfana, la hija del enfermo, la esposa del cesante, la pobre madre, todas esas mártires que recorren su angustioso calvario silenciosamente en el reducido cuarto interior ó en la miserable bohardilla, con los ojos fijos en la costura día y noche, punto tras punto, pieza tras pieza, con la febril impaciencia de la necesidad más absoluta, trabajando sin descanso con heroísmo y sublime resignación, lo mismo á la luz del sol que al reflejo pálido de la económica lámpara de aceite mineral.

Cuando la pobreza asedia á la mujer y se ve estrechada por la desgracia, hace frente al vicio y á la miseria, que la presentan traidor y desigual combate, con una arma pequeña, diminuta, pero invencible: *la aguja.*

Su brillo solo basta para ahuyentar tan poderosos enemigos.

Es el precioso talisman que el trabajo pone en mano de la mujer, saliéndola al paso en el camino de la desesperación; es la luciente espina del martirio, que ha brotar sangre en los dedos y enrojece los ojos con largas horas de vela; pero conserva inmaculada, virginal y hermosa la sagrada pureza del alma.

¡Cuántas escenas conmovedoras é indescriptibles tienen lugar en esos oscuros y humildes santuarios de virtud donde se cose para las tiendas!

SIN VERSE

POR

ALFONSO KARR

(Conclusion.)

En seguida me dirigí al mar; los dos buques se hallaban á tiro de fusil de la costa; pero la mar se estrechaba con tal furor, que los pescadores hacían todas las maniobras posibles para no ser rechazados.

Hubo un momento en que dejó el viento de soplar y en que sólo se oía un rumor sordo y lejano: la mar se elevaba á lo lejos como una montaña, parecía tocar al cielo, se estrellaba blanquecina y venía á correr hasta la costa.

Un grito de desesperación se escuchó en la ribera: los dos buques se elevaron en una ola y desaparecieron de la vista.

Pronto volvieron á descubrirse, pero casi destruidos enteramente; con otro choque como éste se hubieran hecho pedazos el uno contra el otro.

La ola los tomó y los condujo á la ribera hasta que se estrelló en la arena; pero al volver cogió á los buques de nuevo y los apartó á alguna distancia. Sin embargo, una segunda ola los trajo á tierra haciéndolos completamente pedazos.

Los pescadores se salvaron, á excepcion de un hombre y de un niño.

En medio de esta escena de desolación, mi pensamiento dominante se había ocupado de mi vecina.

Hubiera querido una ocasión de interesarla dignamente; porque estaba enamorado, pero con ese amor de las almas nobles, amor que engrandece y eleva, amor que causa cierta necesidad de heroísmo.

La mar trajo el cuerpo del niño, y todo el mundo le creyó muerto. Parecióme que aún le quedaban algunos restos de existencia, y me apresuré á prestarle algunos socorros, sin los cuales la ignorancia le hubiera dejado perecer.

Tuve la dicha de volverle á la vida; la madre no tuvo tiempo de darme las gracias y se llevó al hijo en sus brazos.

Volví al jardín y escribí á la ligera sobre un pedazo de papel:

La tempestad ha destrozado los dos buques. Todos se han salvado, á excepcion de Diego.

Después me subí á un árbol para atar mi escrito al hierro de la ventana.

Al día siguiente me hallaba paseando en el jardín cuando entraron infinitas personas, me cogieron en sus brazos y me colmaron de caricias; eran los parientes del niño que debía la existencia á mis cuidados.

Quedeme conmovido por tal reconocimiento, y por un impulso natural é instintivo me volví hacia la ventanita y observé un movimiento como de alguna persona que se retirara precipitadamente.

Paulina me había visto: mi corazón se dilató con delicia.

Al día siguiente, y á cosa de las doce, vi abierta la ventana; me subí al árbol y pude recorrer con la vista el cuarto, que se hallaba amueblado sencillamente. Vi con un ligero estremecimiento una cama blanca, la alfombra que recibía sus huellas y las zapatillas de piel que habían encerrado sus piecitos. Saqué una inducción de todo, del grandor de las zapatillas y la de un par de guantes olvidados sobre una mesa. Fácilmente comprendí cuál sería mi placer al encontrarme cerca de los hierros de la ventana dos largos cabellos que ella se había arrancado sin duda cuando se retiró la víspera tan precipitadamente.

—Y esos dos cabellos, dijo la baronesa, eran rubios quizás, y de una finura fabulosa?

Raul se paró un momento y miró á la interruptora con aire de profundo asombro; pero pensando que en sus palabras no había nada sospechoso y que pudieran aplicarse á toda heroína de novela, continuó su relato, abriendo un anillo.

—He aquí los dos cabellos, que no me han abandonado en mi vida.

No tardé en encontrarme con Luisito; Paulina le había hecho algunas preguntas sobre mi persona; había presenciado el reconocimiento de los pescadores; había hecho que le contaran la acción, bien sencilla por cierto, que había merecido tales pruebas de simpatía; y aún había añadido:

—Al ver el placer de esas buenas gentes, no he podido contener mis lágrimas.

¡Lágrimas preciosas! Hubiera dado la mitad de mi sangre por poseer el pañuelo que las había enjugado.

—Me voy, dijo Luisito; la señorita Paulina puede necesitarme, porque habrá ya vuelto á su casa.

—¡Vuelto á su casa! grité, ¿conque ha salido?

—Sí; ha ido á misa con su madre.

Precipitéme fuera y me dirigí á la iglesia; Luis me siguió; pero en el momento que salíamos vimos dos mujeres que entraban en la casa.

—¡Miradlas! dijo.

Únicamente vi el vestido blanco de la que entraba primero, Luis me dijo:

—¡Es ella! y fué á reunirsele.

Yo me volví tristemente.

Otro día en que Luis había indicado el deseo de tener un traje bonito para la fiesta primera, hice que le hicieran uno secretamente, y Paulina lo encontró en su cuarto con un papel que decía: "Para Luis." La luz no apareció en el cuarto por la noche: al día siguiente supe que la madre de Paulina había estado muy mala y que habían ido por un médico al pueblo vecino.

Al momento monté á caballo; llegué á casa del médico, le di mi caballo y me volví á pie. Apenas había andado el mensajero la mitad de su camino, cuando ya se encontraba el médico á la cabecera de la enferma.

La madre estuvo largo tiempo mala, y rara vez se le permitía á Paulina pasar las noches al lado de ella. En su cuarto encontraba siempre lo que había deseado durante el día, lo que podía agradar á la enferma.

Interrogué al médico, y me dijo que no había esperanza, que la enferma podía vivir un mes, pero nada más.

Entonces me entregué á un amargo pesar, representábame desde luego la desesperación de la pobre niña, su abandono, su aislamiento.

Nada me daba derecho de consolarla y fortalecerla en tales momentos de duelo y de infortunio.

Un día en que conversaba con el médico, se paró á escucharnos con atención un hombre que salía de casa de mis discípulos. Cuando el médico se hubo marchado, el desconocido se me acercó y me dijo:

—El médico es un ignorante que mata á su enferma, porque una sangría pudiera salvarla.

—Caballero, contesté, id á su casa y salvadla.

—No puedo hacerlo, me dijo; soy médico y no me toca entrometerme en los asuntos de un colega. Además, si me retardara un cuarto de hora faltaría á mi obligación, que es toda mi fortuna y la de mis hijos.

—Caballero, le dije, ¿estais bien seguro de lo que hablais?

—Hace cuarenta años, me repuso, que soy médico, y jamás he pronunciado un fallo con tanta confianza.

Y desapareció.

En seguida até un papel al hierro de la ventana: "En nombre del cielo, decía, haced que se sangre vuestra madre: un médico de gran talento me ha prometido que esto la salvará."

Estuve tres días sin oír hablar de nada y en la agitación más violenta; al tercero creí volverme loco al ver mi papel liado todavía al hierro. Sin embargo, le habían tomado. ¿Qué había, pues, sucedido?

Me apresuré á recogerlo; no era mi escrito; era otro papel que decía: ¡Silfo ó ángel, muchas gracias!

Era de ella: su madre se había salvado y tenía necesidad de atestiguarle su reconocimiento.

Poco tiempo después me vi obligado á hacer un viaje de ocho días; á mi vuelta habían abandonado el país la madre y la hija.

Este golpe me aterrorizó; nadie sabía á dónde habían ido; todo lo que pude averiguar es que no volverían más y que la casa estaba de venta.

No tardé mucho tiempo en abandonar aquellos sitios, insostenibles ya para mí.

Después de dos años de viajes que mitigaron algo mi dolor, dejándome sin embargo una profunda melancolía, fui admitido en vuestra casa, donde he permanecido hasta ahora.

—Querido Raul, dijo la señora, me habeis complacido en extremo; nunca ha habido auditorio más benévolo; he escuchado vuestra historia, aunque la conocía.

Raul hizo un movimiento de sorpresa.

—Voy á deciros la conclusión: Paulina se casó, y envidió al año.

—¡Ah! señora, dijo Raul, esta es una broma cruel.

—No me chanco; ella misma me ha contado su historia y la vuestra, y en este momento va á unirse con su madre en la casa de la ventanita.

—¿Qué?... ¿La conocéis?

—Esa señora, de la cual no habeis visto más que el vestido azul...

—¿Y bien?...

—Es Paulina.

—¿Y se ha marchado?

—Se ha marchado.

—¿Á la Bretaña?

—Á la Bretaña. Si os hubiérais presentado á ella como os lo dije, os hubiérais reconocido sin duda.

La caniana que, con pulso tembloroso por el sufrimiento y los años, apenas puede enhebrar la aguja y con ayuda de las gafas y su buena voluntad procura auxiliar á las aplicadas trabajadoras que preside; la hija que, en un momento de cuidada impaciencia, arranca la labor de manos de su madre temiendo se resienta su vista; las hermanas que se disputan la más grande tarea, alegando en pró de su mejor derecho razones de mayor resistencia física; el anciano paralítico, sellando el trabajo de su ángel tutelar con un beso y una lágrima; la infantil alegría con que la inocencia celebra la conclusión de una prenda; la llegada de la fiel criada, resuelta vecina ó señora compasiva que viene de entregar y ofrece al más santo de los trabajos el mezquino y regateado precio de tantos sacrificios, tantas noches en vela y tantas privaciones. ¿Dónde existen cuadros de sentimientos más bellísimos, colores más simpáticos y entonación más moralizadora y ejemplar?

¡Asociaciones benéficas, damas ilustres, opulentos filántropos, acordaos alguna vez de estas secretas pobreza, de estos verdaderos asilos de triste miseria! No hagais el bien buscando para practicarle la ostentación del mal con todo el aparato de sus rutinarias exhibiciones; sorprended ese verdadero mal que no se aparenta y existe; esparcid vuestros beneficios en torno de esos pobres infortunados seres de la clase media á quienes las clases elevadas no compadecen y las clases bajas desprecian; amparad á esas infelices y heroicas mujeres que con una abnegación sin igual saben sufrir, con la aguja en la mano y el pensamiento en Dios, horas de terrible amargura, momentos de hambre, enfermedades sin asistencia y agonías de muerte sin consuelo; patrocinad la virtud en su lucha titánica y desigual con el vicio; dejad un momento los vergeles del mundo, y ganando la áspera pendiente de la solitaria y empinada senda que recorren llenos de fe los incansables viajeros que van en busca de la patria celestial de las almas, tended una mano protectora al cansancio que vacila y á la fatiga que se postra en la tierra.

La mujer de la clase media no puede pedir limosna, porque su honra es un cristal tan fragil que la primera moneda que en él resuena lo rompe y pulveriza, arrojando sus fragmentos á la calumnia y la difamación.

La clase media no sabe tampoco pedir limosna, porque un defecto de constitución le impide pregonar sus desventuras en el mercado, distrayendo la curiosidad pública á cambio de unos cuantos ochavos.

Huérfana de todo amparo, pide protección al trabajo, se refugia en un rincón del mundo, y allí olvidada, cose para las tiendas.

La mujer que esto hace constituye una celebridad útil, heroica, cristiana, digna de respeto para el mundo y digna de compasión para el cielo."

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.

OFRENDA Á LA VÍRGEN (1).

Madre de Dios, estrella refulgente
Que viertes el consuelo y la bonanza;
Hoy ante tí me postro reverente,
Trémulo de emoción y de esperanza.
Cuando te invoca el corazón doliente,
Dicha inefable con tu amor alcanza;
Y al que en su duelo con fervor te implora,
Siempre tiendes tu mano protectora.

Del almo trono en que la paz se anida,
Y te ensalzan alados querubines,
Recibe esta guirnalda, entretejida
De azucenas, claveles y jazmines.
Sin mirar su humildad, Virgen querida,
Mas sí del alma los piadosos fines,
Acógela benigna y cariñosa,
Dándome tus mercedes bondadosa.

Propicia acepta el dón, y en este día
Contemple yo en tu altar mi pura ofrenda,
Que, aunque humilde y sencilla, es, Madre mía,
Testimonio de paz, y de fe prenda.
Mi cristiana plegaria acoge pía,
Y haz que en tu amor mi corazón se encienda;
Pues sólo ante su luz hallará el alma
El dulce bien, la suspirada calma.

JESUS CENCILLO.

(1) La presente composición fué escrita de encargo, para ofrecer con ella á Nuestra Señora de las Mercedes una guirnalda de flores.



3. Sombrero de fieltro blanco para niña.

—¿Cómo?... ¿Sabíais que se trataba de mí en su historia?

—De ningún modo.

Raul emprendió su marcha al día siguiente; le parecía que el carruaje no andaba.

Mientras que Raul prosigue su camino regañando á los postillones, dando prisa á los viajeros y enfadándose por el más pequeño contratiempo, veamos lo que sucede en los sitios que va á encontrar.

Por poco que uno despierte sus recuerdos, se reconocerá sin gran trabajo que la escasa felicidad que se ha tenido en el trascurso de la vida sólo ha llegado á través de una multitud de obstáculos que se han suscitado, y que si los esfuerzos que se han hecho hubieran sido seguidos del buen éxito, casi siempre se hubiera uno visto como el más infeliz de los hombres.

Así, cuando miro á un hombre que corre, me digo desde luego:

—Apostaría cualquier cosa que este hombre va en busca de alguna desgracia.

Raul corría muy de prisa; Paulina se había unido á su madre desde la vispe-

ra; volvió á ver con alguna emoción el cuartito y la ventana, y había observado á su discípulo, á su favorito. Luis estaba hecho un hombre, trabajaba en el despacho de su tío y debía sucederle. Su alegría fué inmensa al ver á Paulina; á ella debía el empleo que ocupaba y la consideración que le manifestaban todos los vecinos.

Paulina quiso visitar el mar al día siguiente de su llegada. No podía hacer mejor tiempo: el cielo estaba puro y sin nubes, la mar azul y transparente, y su unida superficie se hallaba rizada apenas por ligero viento del Este; los pájaros revoloteaban en lo alto y parecían como puntos móviles en las altas regiones del aire.



4. Sombrero de castor para niña.

ranza. Al ver de nuevo su casa, su cuarto, su ventana, se acordaba de aquel ser misterioso tan sumiso á sus caprichos, tan obediente á sus deseos.

Luis, á pesar de ser notario, no era un gran piloto; una maniobra mal ejecutada asustó de tal modo á Paulina y á su madre, que por un movimiento instintivo se echaron sobre un lado del bote, que se fué á pique.

Oyóse un grito terrible en la ribera.

Un hombre á caballo trotaba entonces por la arena; apresuró el paso y llegó en un momento.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hay?

—¡Ah! mirad su vestido blanco cómo flota.

El caballero se arroja al agua.

La mar estaba serena, azul y transparente: un hermoso sol que descendía á su ocaso, reflejaba en el agua sus tintes de púrpura y fuego.

El caballero consiguió alcanzar el traje; pero Paulina se afianzó á él de tal modo, que lo sujetó en sus brazos.

Raul no era gran nadador y desapareció con su compañera.



7. Vestido princesa con echarpe-chal.

5. Fichú-manteleta de cachemir.

6. Fichú-manteleta de granadina.

Luis invitó á las dos señoras para que pasearan en un botecito; animólas la serenidad del tiempo y aceptaron.

¡Cuán agradable es un paseo por el mar! El aire refresca la frente, el alma se eleva y se desprende de los cuidados que deja sobre la tierra.

¡Qué armonía más agradable la que hace el agua chocando contra la quilla y separándose espumosa por sus lados!



8. Echarpe-chal para el vestido n.º 7.

¡Cuán dulces son las meditaciones que se apoderan de la imaginación!

Paulina se entregaba sin límites á los encantos de este paseo; había olvidado bien pronto á Raul en una vida cuyos acontecimientos se habían pasado en el espacio de algunas horas; pero las impresiones que se apoderaban de ella debían estar unidas á algún recuerdo, á alguna espe-



9. Vestido princesa con echarpe.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Isabel 2^a, II. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

Al día si
en la playa
de Paulina
dávares, al
y con la des
semblantes
todo lo que
Raul.

JULIA

LA SEÑORA

Imposibl
contrados



ron la men
que atravi
blada; tan
qués por su
por su imp
á sí misma
tener su d
ganza.

—Si yo
rosa, deci
teatro gal
solo propó
en ridiculo
pero el am
hoy toco l

Despues
la más seg

—Pero y
dia de Sev

Al día siguiente, la marea arrojó en la playa los cadáveres de la madre de Paulina y de Luis. Otros dos cadáveres, abrazados convulsivamente y con la desesperación impresa en sus semblantes alterados por el dolor, era todo lo que quedaba de Paulina y de Raul.

JULIA DE SANDOVAL,

por

LA SEÑORA DOÑA JOSEFA SEVILLANO DE TORAL.

(Conclusion.)

Imposible nos es describir los encontrados pensamientos que asalta-



10. Cofia guarnecida con plisés.

ron la mente de Julia en el trayecto que atraviesa desde su casa á Tablada; tan pronto culpaba al marqués por su loco arrebató y á Carlota por su imprudencia, como se culpaba á sí misma por no haber sabido contener su desordenado deseo de venganza.

—Si yo no hubiera sido tan rencorosa, decía, no hubiera hecho en el teatro gala de mi conquista con el solo propósito de poner al vizconde en ridículo á los ojos de la sociedad; pero el amor que por él sentí, echó por tierra mis planes, y hoy toco las consecuencias de mi desvarío.

Después, como respondiéndole á su corazón, exclamaba con la más segura confianza:

—Pero yo te salvaré, sí, te salvaré, para que seas la envidia de Sevilla y del mundo entero, porque no habrá un hom-

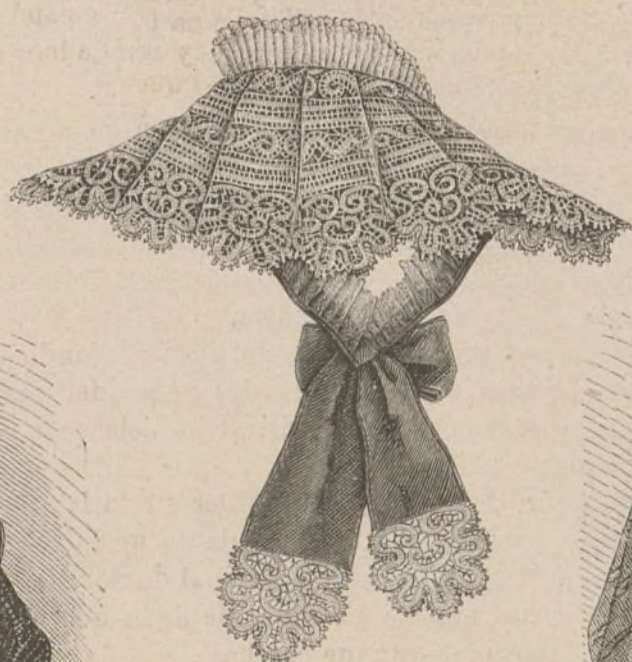


12. Traje de calle para señora.

13. Vestido para niña.



17. Adorno para el cuello-esclavina núm. 15.



16. Cuello-esclavina núm. 15, visto por detras.



14. Corbata china.



15. Cuello-esclavina con cintas y encaje.

miéntas que otros dos, cruzados de brazos, presenciaban á corta distancia el desenlace de aquel terrible drama.

Julia los reconoció, y con un grito de espanto exclamó:

—¡Detenéos, en nombre del cielo! Y saltó de su carruaje con la ligereza de una gacela.

Dos disparos simultáneos resonaron con fúnebre estampido, y uno de los combatientes cayó al suelo, bañado en su sangre, mientras el otro permanecía de pie como anonadado.

Julia se precipitó sobre el herido y le dijo en el acceso de su dolor:

—¡Gustavo de mi alma! no me era dado salvarte, sino morir contigo. Y volviéndose á los padrinos, continuó:

—¡Socorro, señores! ¡Pronto, un



11. Cofia guarnecida con entredoses y encaje.

médico; un médico, por piedad!

Y sacando de su bolsillo un pañuelo de batista, trató de contener la sangre que brotaba de la ancha herida que la bala de Felipe había abierto en el pecho de su contrario. Después se arrodilló, y sosteniendo entre sus manos la cabeza inerte del vizconde, añadió con creciente aflicción:

—Vuelve en tí, Gustavo mio; yo te amo, y Dios no permitirá que nos separemos.

El vizconde abrió los ojos, y reconociendo á Julia exclamó:

—Gracias, Señor; ella está á mi lado y dice que me ama; ya no me importa morir.

—No morirás, Gustavo de mi alma; mi amor y mis cuidados te volverán la vida. Vamos, señores, ayudadme á en-

bre en la tierra que sea más amado que tú.

Y así discurrendo, llegó Julia á Tablada en el momento mismo en que dos hombres en mangas de camisa y con el pecho descubierto se apuntaban mutuamente con una pistola,

trarlo en mi carruaje y le prodigarémos los auxilios que necesita.

Los padrinos, secundados por Felipe, colocaron al herido en el coche de Julia, que se sentó á su lado.

—¿A casa, dijo al cochero.

Y dirigiéndose á Felipe y á los padrinos, añadió:

—Y ustedes á buscar un médico, pues no hay tiempo que perder.

Y ambos carruajes partieron á galope en direccion á Sevilla, y se separaron cuando entraron en la ciudad.

Cuando Julia llegó á su casa, hizo trasladar al vizconde á un confortable lecho, y pocos instantes despues llegó Ricardo Velazquez con un facultativo, intimo amigo suyo. Desnudaron al herido, que se habia desmayado, sin duda por la pérdida de la sangre, y habiéndole aplicado algunos reanimantes, procedió el doctor á reconocer el estado de la herida.

Felipe llegó á su casa, y al verle entrar su hermana, corrió á abrazarle diciéndole:

—¡Hermano mio!

El marqués, dando señales de su desagrado, le preguntó: —¿Qué haces levantado tan temprano, Carlota?

La pobre niña, temiendo ver estallar aquella cólera, le contestó tartamudeando:

—Nada... Pero, Felipe, ¿estás bueno?

—Sí, dijo éste sin disimular su mal humor: véte á tu cuarto, y cuidado con que sepa nuestra madre que he salido.

—Guardaré un profundo silencio; pero, hermano mio, ¿llegó Julia á tiempo? ¿se ha salvado tambien el vizconde? murmuró al oído de Felipe y casi temblando la angustiada niña.

El marqués palideció, y pasando su mano por su frente cubierta de un copioso sudor, balbuceó estas palabras casi ininteligibles:

—No sé... ¿Quién te ha dicho...? Desgraciada, ruega por él y no me preguntes más.

Y entrándose precipitadamente en su aposento, dejó anonadada á la pobre Carlota.

—¿Qué dice? murmuró espantada la desdichada jóven. ¿Le habrá muerto, ó sólo estará herido? Valor, Dios mio; dadme valor hasta que se levante mi madre y yo pueda saber la verdad; dejadme fuerzas para convencer á mi tia la buena marquesa del Valle para que me lleve á casa de Julia.

Ésta permaneció inmóvil al lado del vizconde mientras el médico examinó el carácter de la herida, que declaró mortal. Restañó la sangre que brotaba á mares, y ordenó el método que habia de seguirse con el enfermo. Cuando salió del aposento, le siguió Julia y derramando un torrente de lágrimas le dijo:

—Caballero, ¿no habrá medio de salvarle?

—Difícil lo creo, contestó el facultativo.

—Haga usted un esfuerzo: cuanto valgo, cuanto poseo, todo está á la disposicion de usted; no omita nada para salvarle; agote usted todos los recursos de la ciencia, seguro de mi eterna gratitud.

—Señora, mi deber está por encima de las ofertas: no es preciso que usted me brinde con una recompensa para asistirle con el esmero que me prescribe la caridad y la alta mision que desempeño cerca de los que sufren; pero aquí, por desgracia, no encuentro ninguna esperanza posible de salvacion; sin embargo, es jóven, y si no sobreviniera la fiebre que temo, acaso podrémos hacer que recobre la salud. Volveré dentro de tres horas, y puede usted, señora, estar segura de que no le abandonaré.

—Gracias, amigo mio, gracias por todo, y que Dios le ilumine con un rayo de su infinita sabiduría.

Y despidiéndose del médico y entrando en la alcoba, fué á sentarse junto á la cabecera del enfermo, que aún permanecía aletargado. Pocos instantes despues abrió los ojos, y viendo á Julia á su lado le dijo con ternura:

—¿Eres tú, ángel mio? ¿Es cierto que me amas? Julia de mi vida, respóndeme. ¿Fué ilusión lo que ví, ó es una realidad ese amor que ha sido la esperanza de mi alma? Pero ¡juicio de mí! no es ilusión, cuando me hallo en tu casa y te encuentro á mi lado; pero repítelo, que yo lo oiga de nuevo; tus palabras son la mejor medicina para mí.

—¡Que si te amo! exclamó Julia ébria de pasión. ¿Y tú me lo preguntas, cuando ves mi llanto? ¿cuando por salvarte daría hasta mi existencia? Sí, te amo como nunca amé en la tierra, y como es imposible que se pueda amar: yo siento por tí ese amor bendito, tan puro como el aliento de los ángeles, emanacion divina de Dios y destello de su soberana omnipotencia: por ese amor bendito han tenido entrada en mi alma las santas virtudes que hasta ahora desconocía: la caridad me ha abierto sus clarísimas fuentes, y sus fecundos manantiales me han purificado de mi egoismo; por tí ha rasgado la fe las densas tinieblas de mi espíritu, y á su brillante resplandor veo á Dios unirse á los hombres por ese adorable lazo de su infinito amor; y por tí, Gustavo de mi

vida, la bienhechora esperanza me obliga á implorar mi perdón de la justicia divina; porque, quiero confesártelo todo, Gustavo de mi alma, yo he causado mucho daño á mis semejantes, y tú tambien, para desgracia mia, eres víctima inocente de mis errores.

—Dí más bien, Julia, de tu mala suerte. No tienes que contarme la historia de tu vida; la sé y te disculpo.

—¿La sabes y me amas?

—Sí, porque tú has sido desdichada, pero no criminal; porque tú, Julia mia, has sido siempre miserablemente engañada.

—¿Quién te ha dicho...?

—La marquesa del Valle me ha puesto al corriente de las circunstancias que concurrieron á tu vengativa y extraña resolucion, y ellas me han hecho interesarme doblemente por tí: yo comprendí que en tu corazon no se albergaba la perversidad, y que obrabas solamente á impulsos de tu despecho; y me convencí al propio tiempo de que eras muy capaz de labrar la dicha del hombre que llegara á conocerte. Ahora bien, mi querida Julia, ¿quieres ser la esposa de un moribundo?

—Sí, Gustavo mio, sí; quiero cuanto ántes llevar tu nombre.

—¿Aunque sea por poco tiempo?

—¿Por poco tiempo? exclamó Julia sobresaltada.

—¡Oh! sí, para muy poco, le contestó el vizconde haciendo un supremo esfuerzo; pues creo que no tardaré en morir.

—No, Gustavo mio, tú no morirás; pero si el Señor desoyera mis súplicas, si por desgracia dejases de existir, llevaré tu nombre querido hasta mi muerte, porque te juro que despues de tí no habrá en mi corazon entrada más que para Dios, único de quien podría llamarme esposa.

—Pues bien, amada mia, haz que venga á bendecirnos un sacerdote, y no tardes, pues acaso no fuera tiempo ya.

Julia salió con la celeridad del rayo, y ordenó que llamaran al cura de la parroquia, volviendo al lado del enfermo, al que encontró con el semblante descompuesto y dando señales de una completa enajenacion. Al verle en aquel estado, agitó la campanilla, y fuera de sí mandó á su doncella que fueran por el médico inmediatamente; y sentándose junto al vizconde, le tomó una mano y la cubrió de lágrimas: el vizconde abrió los ojos, que fijó en Julia sin conocerla, pues el frío de la muerte apagaba en ellos el fuego de la vida. En este momento llegó el sacerdote, y al ver al moribundo, trató de sacar de allí á aquella pobre mujer que regaba con su llanto el lecho donde yacian sus esperanzas; pero todos sus esfuerzos se estrellaron en la firme voluntad de Julia, que aseguró no saldría de allí hasta recoger el último suspiro de su amante. Entonces el ministro de Dios le prodigó los auxilios que la religion cristiana impone en tan tristes casos, y esperó la llegada del médico, que á los pocos minutos anunció un criado.

—Doctor, salvadle, por lo que más ameís en el mundo, articuló Julia saliendo á su encuentro y presa de la más horrible desesperacion.

—Es tarde, señora, contestó visiblemente conmovido el facultativo acercándose al enfermo; el señor vizconde ha dejado de existir.

Entonces Julia, fuera de sí se lanzó á uno de los balcones del gabinete, y los brillantes y ardientes rayos del sol que iluminó la estancia alumbraron el yerto cadáver de Gustavo de Basaran. Un agudo grito se escapó del angustiado pecho de Julia, que cayó desplomada junto al lecho mortuario de su amante.

Dos mujeres entraron en la habitacion en aquellos momentos solemnes: eran la marquesa del Valle y su sobrina Carlota del Romeral. La jóven se abrazó á su amiga y ayudó á llevarla á sus habitaciones: allí el facultativo le recetó algunos cordiales, sentándose las dos señoras á la cabecera de su cama.

Dos hombres jóvenes, poseídos del más profundo dolor, se veían junto á los inanimados restos del malogrado vizconde: eran su amigo Ricardo Velazquez y el infortunado marqués del Álamo.

Al anoecer depositaron el cadáver en la iglesia de San Lorenzo, haciéndole al día siguiente un lujosísimo entierro, al que asistió todo lo principal de Sevilla, que lloró la temprana muerte del vizconde de la Selva, víctima de un fulminante ataque cerebral.

Cuando Julia volvió en sí del terrible accidente que durante algunas horas la habia privado de la razon, prorumpió en un copioso llanto, y abrazando á Carlota le dijo:

—Te he hecho desgraciada y á él le he muerto.

Despues, dirigiéndose á la marquesa del Valle, continuó:

—Señora, usted que sabe la historia de mi infausta vida; usted que fué la mejor amiga de mi virtuosa ma-

dre y que ha presenciado los dolores que han lacerado mi alma y las espinas que se han atravesado en mi camino; usted, en fin, señora, que acaso me haya juzgado con la severidad que mi insensata conducta ha merecido, quiero que sea la que me ayude en la resolucion que voy á tomar. Usted, mi buena amiga, será la depositaria de mis bienes, que deseo se distribuyan entre los necesitados, creando en esta casa un asilo para doce viudas pobres, con la única condicion de rogar diariamente por el alma de un difunto; y á tí, Carlota mia, te lego todas mis alhajas, excepto el retrato de mi madre guarnecido de brillantes, que regalo á mi generosa amiga la marquesa del Valle. ¿Señora, consentís en cuanto os he dicho?

—Sí, Julia; como siempre, estoy hoy á vuestra disposicion, contestó la marquesa visiblemente conmovida. Pero decidme, Julia, ¿qué plan es el vuestro, y dónde pensáis vivir en adelante?

—Donde pueda rogar por él; donde mis lágrimas borren el daño que he causado, y donde encuentre un amor que no tenga fin.

—Julia, exclamó Carlota besando la frente de su amiga; yo no me separaré de tí: juntas lloraremos nuestra desventura y juntas pediremos por él, ya que las dos hemos sido la causa involuntaria de su muerte.

—No, yo sola debo vivir llorando, Carlota; tú eres jóven y el olvido batirá sus alas sobre tu frente, y aún la felicidad abrirá para tí sus preciosos manantiales: yo no me alejaré tanto de vosotras, que no sepais constantemente de mí. Ahora dejadme sola, yo os lo ruego, pues quiero arreglar mis negocios más precisos; además de que vosotras tambien necesitais descanso.

—Convengo en ello, dijo la marquesa; pero con la condicion de que meditaréis sobre la resolucion que vais á tomar, y de que tendréis el suficiente valor para soportar los rigores de la fortuna adversa: sobre todo, mi querida amiga, tened confianza en Dios que perdió su vida por salvarnos.

Y levantándose las dos, abrazaron á Julia y se despidieron derramando un torrente de lágrimas.

En cuanto á la madre de Felipe, no supo jamás la causa de la melancolía que se habia apoderado de su preciosa hija Carlota, ni tampoco supo que el repentino viaje de su querido hijo Felipe tenia por objeto buscar en París y en las distracciones un lenitivo á los pesares de su corazon y algun alivio para soportar durante su vida el peso de sus grandes remordimientos.

Pocos dias despues de los sucesos que acabamos de referir, escribia cierta señora de Sevilla á otra amiga suya residente en Madrid:

"Dos terribles catástrofes tiene que lamentar hoy nuestra elevada sociedad: la primera es la muerte del ilustre vizconde de la Selva, ocurrida en un desafío; y la otra, la retirada al convento de monjas de Santa Inés, de la elegante y aristocrática dama Julia de Sandoval."

BIBLIOGRAFIA.

BIBLIOTECA VENATORIA DE GUTIERREZ DE LA VEGA.

Coleccion de obras clásicas españolas de montería, cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias, para ilustracion de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.

LIBRO DE LA MONTERÍA del Rey D. Alfonso XI, con un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega. Tomo I.—Madrid, imprenta de Manuel Tello, impresor de Cámara de S. M.: 1877.

Evidentemente la caza ha sido la primera ocupacion del hombre y de las sociedades naciescentes, y precedido los pueblos cazadores á los pastores; pero la persecucion de los animales, que en un principio no fué más que una necesidad, llegó á ser, á consecuencia de los adelantamientos de la civilizacion, un placer, y por esta misma causa un privilegio que se han arrogado los más fuertes. Hemos dicho ántes un placer, y podría decirse una pasion, que se encuentra en todos los pueblos y en todos los tiempos, siempre ardiente y vigorosa, porque se relaciona con los más profundos instintos.

Por la agitacion exterior, arranca al hombre de la molice del mundo; por la fatiga del cuerpo reposa el espíritu, satisfaciendo á mayor abundamiento e-a secreta necesidad que existe de probarnos á nosotros mismos nuestra destreza, fuerza y superioridad en la creacion, seduciéndonos por la libertad y el atractivo de los peligros. Platon la llama *un ejercicio divino y escuela de las virtudes militares*; Plinio, el jóven, la aconseja como una útil distraccion del estudio.

Los tiempos más remotos nos hablan, entre otros, de Nemrod, y la Historia Sagrada de David y Sansón como intrépidos cazadores, y las cacerías entalladas en los bajo-relieves asirios y babilónicos, en los monumentos que nos ha dejado el Egipto, prueban cuánto este ejercicio estaba en uso en monarquías poderosas, y alcanzara en valor y superioridad para producirse y figurar en representacion de los hechos notables al lado de las imágenes de los dioses y los triunfos de los reyes.

Los príncipes persas poseían parques inmensos poblados de venados de varias especies; Alejandro reservaba para este placer grandes cercados reales, y Darío, para consolarle sin duda de sus derrotas por el recuerdo de sus triunfos en un arte que se asemeja á la guerra, ordenó el inscribir en su tumba que había sido afortunado y hábil en la caza.

Como no podía menos de suceder, fué muy honrado este ejercicio en Roma, y entre los que se distinguieron se citan á Scipion el Africano, Sylla, Sertorio, Pompeyo, César, Marco Antonio, y sobre toda ponderación, si no mienten las historias, el emperador Trajano, para quien no había mejor distracción que lanzar y perseguir la caza mayor, única que gozaba favor en la antigüedad, que se efectuaba con grandes traillas de perros, rematando las reses á golpes de *jaculum*, como el javalí de que habla Virgilio.

Jaculis letisque procul clamoribus instant
unas veces, y otras hiriéndolas al paso:

..... protentaque forti
Tela tenent dextra lato vibrantia ferro.

Pero el espectáculo más en boga fué el de los gladiadores en los terribles y sangrientos juegos del Circo, conocidos con el nombre de *bestiarum*, al descender á la arena para combatir en ella á las fieras que se arrojaban á la multitud, si no era el mismo pueblo el que se encargaba de la matanza desde lo alto de las gradas; espectáculo, repetimos, que llegó hasta el extremo, en tiempos del emperador Probo, de echar sobre el recinto del Anfiteatro un día trescientos leones, cien leopardos y trescientos osos; y en otro mil avestruces, mil ciervos, mil javalíes, mil ciervas y mil carneros, producto de dos de sus cacerías.

Entre los germanos era una especie de aprendizaje de la guerra, al que se entregaban con tanto más ardor cuantos más peligros presentaba. Preferentemente atacaban á los animales temibles, como el oso y el toro salvaje, el *urus*, que ha desaparecido de los bosques de Polonia. Mientras este pueblo guardó su independencia, la caza fué el derecho de los hombres libres, en virtud de la máxima de los pueblos bárbaros, que *la tierra pertenece á los hombres como el cielo á los dioses*. Bajo la dominación romana fué ésta reprimida, quizás por mantener las costumbres guerreras é instintos de libertad. Así es que, á su liberación del dominio del pueblo-rey, volvieron á recuperar con una especie de frenesí sus costumbres primitivas, y al apoderarse de la Galia se reservaron la caza como un derecho de conquista.

A la caída del Imperio romano, la caza fué para los reyes un asunto importantísimo. En cada alquería real había pajareros y otras personas ocupadas únicamente en hacer redes, y junto á los monarcas mismos venadores y halconeros.

Los poseedores de feudos imitaron á los príncipes, y organizaron como aquéllos grande aprestos de caza. Este ejercicio era mirado como la diversión noble y más seria de la vida del caballero. *La caza*, dice Gaston Phebus, *sirve para huir de todos los pecados mortales; el buen venador tiene en este mundo alegría, provecho y divertimento, y después tendrá aún el paraíso*; añadiendo que si los cazadores, en la región de las alegrías eternas, no están siempre ciertos de tener los sitios de honor, pueden á lo menos esperar hallarse colocados en los arrabales, porque habrán evitado la ociosidad, que es la fuente de todo mal.

Aunque la Iglesia haya prohibido esta ocupación á los sacerdotes no por eso dejaron, particularmente en la Edad-Media, de entregarse á ella con pasión, gastando en aprestos suntuosos las rentas de no pocas abadías y prebendas, razón por la que á cada paso se encuentran las muchísimas quejas en los Concilios y reformadores de la disciplina eclesiástica. El mismo San Bernardo se queja de los abades, indignos de turbar el agua de la piscina santa, dando de beber en ella á sus perros; y un predicador del siglo XV, en una extrañísima prosopopeya, muestra á Satanás con una trailla de diablos corriendo y formando las almas de los prelados que pasan su vida en correr las llanuras y los bosques. Los venadores tonurados se autorizaban en vano con el ejemplo de San Eustaquio y San Huberto, pues estos santos no habían pecado cazando, atendido que no eran clérigos, sino caballeros.

¿Cómo han de extrañar nuestros lectores que no há mucho se tuviera por uno de los rasgos más característicos de un hidalgo que fuese experimentado en el divertimento de perros y caza, como dicen nuestras crónicas, y que la pasión de la caza dominara el amor? ¿Cómo el que más de un noble castellano se encontrara embarazado al tener que escoger entre su dama y su halcón? Un trovador del siglo XII, Rambaldo, conde de Orange, declara á su amada que quiere verse condenado á no cazar nunca si le es infiel: este era el mayor sacrificio que se podía ofrecer á una dama cuyos colores se llevaban. ¿Qué otra ocupación hubiera podido distraer la grosera nobleza de la Edad-Media en las prolongadas horas de melancolía de la vida feudal?

El cuidado de los halcones y perros, su educación, eran asunto de todos los momentos, una verdadera ciencia que no se podía adquirir sino al precio de una larga práctica. El noble en tiempo de paz no vivía más que para la caza: y como símbolo de esta preocupación exclusiva, cuando un caballero moría en sus tierras, se colocaba sobre su tumba un galgo á los pies y un halcón en la mano de su estatua; símbolo, repetimos, que algunos apasionados de aquellos tiempos que aprovechan todas las circunstancias para poetizar el sentimiento de lo pasado, han querido ver en el galgo de mármol un emblema de cariño profundo; y sin embargo, sencillamente no es otra cosa que un signo de venación.

Ahora bien; esas crónicas, esas narraciones, esas historias, esas fiestas y esos libros que refieren nuestras hidalgas pasadas aficiones, es lo que se ha propuesto dar á la estampa el Sr. Gutierrez de la Vega en su *Biblioteca Venatoria*.

El empeño propuesto por su fundador, como comprenderán nuestros lectores que conozcan esta clase de trabajos, era difícil por todo extremo, si había de cumplirse con todas las circunstancias que piden esta clase de tareas, con los conocimientos especiales que requieran para llevarlas á feliz término, y sobre todo con la erudición sana y profunda que demandan estas obras, las más modelos de lenguaje.

El primer tomo que tenemos á la vista, ó sea *Libro de la Montería*, del Rey D. Alfonso XI, responde de la valía y competencia del Sr. Gutierrez de la Vega en asuntos cinegéticos.

En efecto, reunir en un mismo escritor gran entusiasmo por el arte que tan bien cantara Oppiano en su célebre poema; familiaridad bastante con los hablistas del siglo de oro de nuestra literatura; estudio detenido de la bibliografía del ramo, casi desconocida, y fe suficiente para no desmayar ante las dificultades que entraña esta clase de trabajos, en que hay que prepararlo todo, era poco menos que imposible; pero D. José Gutierrez de la Vega ha tenido el rarísimo privilegio en nuestra época, de dar nombre á empresas y monumentos literarios que se tenían por los más como poco hacederos, como si su genio alentase con los escollos que hacen naufragar á tantos otros. Aún hay más; quedaba dar al Cesar lo que suyo era, y contra el torrente de la opinión reciente que designaba el *Libro de la Montería* al Rey Sábido, devolvérselo á su verdadero autor D. Alfonso XI, vencedor del Salado y de Algeciras.

Es curiosísimo en verdad, como dice el Sr. Gutierrez de la Vega en su nunca bien ponderado discurso preliminar que acompaña este precioso volumen, es curiosísimo "que desde la Edad-Media hasta que Gonzalo Argote de Molina se ocupó del *Libro de la Montería*, en la mitad del último tercio del décimo sexto siglo, esta obra corrió sin contradicción alguna como original, ó cuando menos inspirada por el Rey Don Alfonso el Onceno, el vencedor de los moros en Algeciras y el Salado. Nadie le ha disputado formalmente la gloria, que sepamos, en tiempos posteriores, hasta después de mediados del siglo XIX, sin embargo de haberse consagrado á su estudio entre otros, escritores tan doctos como Pellicer, Clemencin, Cerdá y Rico, Llaguno y Amirola, Palomares, Lafuente Alcántara (D. Miguel) y el historiador Ticknor.

"Desde que el sabio D. José Amador de los Ríos publicó su inestimable *Historia Crítica de la Literatura Española*, se ha provocado seriamente la discusión sobre el origen y propiedad de este libro, habiéndose acordado por el docto historiador proclamar como autor al que lo fué de tantas obras inmortales, el Rey Don Alfonso el Sabio: opinión que han aceptado Lafuente Alcántara (D. Emilio) y su colaborador en el *Libro de las Aves de Caza* del Canciller Pero Lopez de Ayala, el eruditísimo bibliógrafo D. Pascual de Gayangos."

La refutación que de la doctrina sentada por estas dos ilustradísimas autoridades literarias, especialmente de la primera, ó sea de la del Sr. Amador de los Ríos, hace el fundador de la *Biblioteca Venatoria*, no puede ser más contundente y rotunda. Las razones que aduce, las pruebas que presenta, el desenvolvimiento de las ideas en el curso de la discusión, la galanura y atildamiento de su estilo, el más esquisito, la caballerosidad con que combate la hidalguía que en él preside, la profundidad del pensamiento, la erudición que entraña, la agudeza del ataque, la discreción en la polémica, la claridad que afecta hasta el punto de no dar lugar á sombra alguna de duda, y, por último la entereza con que persigue y alcanza la verdad hasta desvelarla por completo, forma por todo extremo un conjunto tan bellísimo y perfecto que, sin miedo de vernos desmentidos, puede presentarse como un acabado modelo de controversia en estos tiempos que corren de discusiones personalísimas, que tanto amenguan la serena región de las letras modernas. ¿Quién, de hoy más, después de haber leído el bello discurso del Sr. Gutierrez de la Vega que precede al *Libro de la Montería*, podrá designar como autor de la obra al Rey Sábido?

En esta materia, la justísima fama alcanzada en buena lid, tanto en literatura como en los diarios políticos que ha dado á la estampa el distinguido publicista de que nos ocupamos, puede quedar satisfecha, si existe, como no dudamos, una recompensa al que defiende y descubre la verdad; y esta recompensa es el apoyo invisible, oculto, pero serio, de las gentes honradas, cuyo poder se reconoce poco á poco. Ignórase el momento y el por qué de esta fuerza nueva que nos ayuda un día; pero es lo cierto que de pronto se siente uno más fuerte y mejor escuchado, que ya no se camina solo por la senda emprendida, que se oyen en derredor ciertos rumores favorables, semejantes al ruido que hace una onda pura al través de las arenas abrasadas del desierto.

Importantísimo es, igualmente, el párrafo VIII del discurso, en el que trata el distinguido crítico de la *Bibliografía Venatoria Española*; párrafo, repetimos, que bastaría para crear la reputación y avalorar una gran inteligencia. Sus incansables investigaciones y su perseverancia, que honrarían á un benedictino, ha hecho ascender al número de *doscientos trece* los trabajos descubiertos hasta el presente, la mayor parte desconocidos de la generalidad, y las otros sepultados en el polvo de nuestras bibliotecas.

Si de la parte literaria pasamos á la material de la impresión, creemos suficiente llamar la atención del curioso, diciéndole que ha sido estampada en las prensas de D. Manuel Tello, y dirigida aquélla por D. José Gutierrez de la Vega, para hacer su más completo elogio. Pocas obras, desde hace mucho tiempo, podrán competir en bellezas tipográficas con la actual. El papel que en ella se ha empleado es de hilo, y trabajado con grandísimo esmero para esta edición; los tipos son los usados por los Elzevirius, célebre familia holandesa de impresores de los siglos XVI y XVII, cuyo nombre alcanza una altísima nombradía por la elegancia, buen gusto y limpieza de sus caracteres, y el tamaño del volumen en 8.º español,

forma que igualmente prefiriera en sus obras maestras el tan apreciado por los inteligentes Buenaventura Elzevir, de Leyde. Los escudos y viñetas son reproducciones de las mejores y más afamadas impresiones españolas, como por ejemplo, el escudo que adorna la portada, y que en forma más pequeña, reproduce el que se encuentra en la primera edición del *Quijote*. Igualmente se ve reproducido con una fidelísima propiedad, hasta en sus defectos de la época, el grabado de la anteportada alegórica que acompaña al *Libro de la Montería*.

¿Recuerdan nuestros lectores la manera elegante y juiciosa de los frontispicios emblemáticos con que nuestros padres tenían la costumbre de adornar las ediciones de sus libros?

Nosotros los hemos suprimido, como tantas otras cosas amables. ¡Desdichada reforma!

Esos frontispicios, bien ejecutados, eran como una advertencia, como una información por signos del alma, que se debía tomar en cuenta si queríamos que el libro nos agradara, como una invitación para entrar ó para retirarse, según la idiosincrasia de nuestro espíritu ó de la disposición del momento, y lo mismo que la sinfonía de una ópera expresa primeramente, bajo una forma general y casi abstracta, las pasiones que el drama lírico va á desenvolver entre cierto número de individuos determinados, sus figuras elocuentes resumiendo bajo una forma abreviada, y como en algunos compases, la mística esparcida en las historias y poemas.

¿No es verdad que de este modo se estaba mejor preparado, por inteligente que fuera el lector, para comprender el verdadero carácter de la historia romana, cuando un ingenioso frontispicio manifestaba en emblemas sensibles los rasgos característicos de la fuerza organizada?—Búfalos feroces domados por el trabajo, leones uncidos á un carro de triunfo, trofeos de victorias coronados de águilas con las alas extendidas, el grupo de la loba instruida para la maternidad por el mandato todopoderoso de los dioses, columnas rotas, á cuya sombra duerme un esclavo apretando en su mano impotente el puño de una espada separado de su hoja, y, por último, en un cielo tempestuoso y surcado de relámpagos los dos buitres, que seguían siempre el ejército de Mario, con los collares de hierro que les habían fijado al cuello las legiones?

¡Feliz, mil veces feliz aquel que, como el Sr. Gutierrez de la Vega, en la imitación de lo bueno, encuentra siempre lo bello!

Este es á grandes rasgos el trabajo emprendido por el fundador de la *Biblioteca Venatoria*; empresa monumental que le aquilata, como crítico profundo y distinguido literato y publicista, el aprecio con que ya era tenido por propios y extraños; empresa digna de encomio por sus contemporáneos, de envidia para la posteridad, de asombro para todos, y que no podrá menos de abrirle de par en par las puertas de la *Academia de la Historia* por aclamación.

VICENTE CUENCA.

Debemos á la amabilidad de una suscritora la siguiente solución á la charada 2.ª que apareció en el número 35 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Setiembre, y que por la distancia que nos separa del punto de su residencia, no ha llegado hasta ahora á nuestras manos:

De verga con un pedazo
Dió un marinero á una gata
Tal palo, que á más la mata,
Tan terrible fué el trancazo,
Porque le robó un pedazo
De gamo, la muy marmota,
Mientras Berta con la mota
La cascarrilla se daba
Y en sus cabellos untaba
Esencia de Bergamota.

MARIANA GAYARRE Y RÍOS.

Isla de Cuba, Paso Real de San Diego, 18 Octubre 1877.

No hemos recibido ninguna solución al logogrifo que apareció en el núm. 45 de EL CORREO, correspondiente al 2 de Diciembre, y aplazamos el darla nosotros con la esperanza de que todavía nos favorezcan con ellas nuestras discretas suscriptoras.

CHARADAS.

I.

Prima y tercera es un nombre,
Tercera y prima tambien,
Tercera y cuarta lo mismo,
Y hasta el todo lo ha de ser.
Y por que no te confundas
La explicacion te daré,
Diciendo que es el primero
De la raza Bereber,
Es decir, puro africano;
El segundo de Israel;
El tercero muy cristiano,
Bien español, ó francés,
Como igualmente el del todo
Italiano ó portugués.
Y en fin, una, cuatro y dos
Ave palmípeda es.
Con que ya he dicho bastante;
Que ustedes lo pasen bien.

JOAQUIN RAMA.

II.

Cierta vez mi dos y dos
Me trajo la prima y prima,
Y en mi todo he derramado
El jugo que contenia.

CONSUELO CASTRO Y VALDÉS.

Figueras de Astúrias y Agosto del 77.

CORRESPONDENCIA.

Adelina B.—Si hay dos balcones en una misma pieza, deben estar decorados del mismo modo; y por reducido que sea el espacio que media entre ambos, debe éste ocuparse con una silla, velador ó pedestal-columna que sostenga un tiesto de flores, ó un espejo largo y estrecho; siendo preferible esto último, porque aclara la habitación. Si hay tres balcones, el del centro puede adornarse de distinto modo, colocando delante de él una mesa



22. Vestido con cuerpo-blusa para baile.

volante con álbums, libros y fotografías.

Cármén.—El mejor carmin de tocador que yo conozco es el siguiente: en 10 litros de agua llovida se disuelven 80 gramos de carbonato de sosa, añadiéndole 75 gramos de ácido cítrico. Cuando la mezcla se halla en ebullición, se añaden 250 gramos de cochinilla en polvo; se deja hervir por espacio de una hora; se retira, y cuando está ya frío se hierve otra vez diez minutos, después de haber echado 90 gramos de alumbre. Se deja reposar tres días, se cuela, se recogen los sedimentos, se lavan con agua fría y se dejan secar.

Una amable suscritora de Madrid.—El único remedio son los polvos legítimos de arroz.

CONOCIMIENTOS ÚTILES.

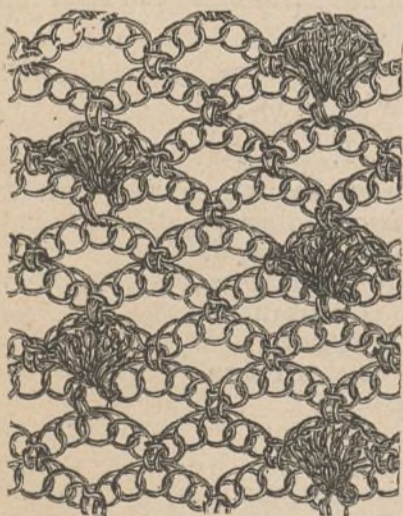
RECETA PARA QUITAR MANCHAS.

Se hace una mezcla de magnesia calcinada y bencina pura, en proporciones suficientes para que la magnesia quede bien empapada sin llegar á la efervescencia.

Esta esencia se conserva en frascos bien cerrados y cuya boca sea bastante ancha. El empleo es extremadamente sencillo y fácil: extiéndese sobre la mancha una capa de tres á cinco milímetros de espesor, y se frota con la punta del dedo. Después, golpeando ó cepillando la tela, se quita la tierra que se ha formado y se aplica una nueva capa de magnesia en el sitio que ocupaba la mancha, dejándola hasta que se haya evaporado la bencina. Entonces se sacude ó cepilla el sitio donde estaba la mancha. Cuando ésta es reciente, desaparece con sólo la primera operación.

Las telas que resisten la humedad pueden limpiarse humedeciendo el cepillo en agua; la seda, por el contrario, debe frotarse con alcohol y bencina.

Este método es aplicable también á las manchas antiguas ó recientes en toda especie



25. Dibujo de crochet para pañuelos.

de maderas, por muy delicadas que fueren, y en el marfil, papel y pergamino, sin que haya que temer el menor desperfecto.

La escritura es también respetada por este ingrediente, pero los caracteres impresos pierden algo de su intensidad. La grasa desaparece fácilmente en los tejidos de seda, cualquiera que sea su color, y lo mismo sucede en los demás, siempre que no entre mucha lana en su composición, porque en este caso la magnesia se adhiere á la tela con bastante tenacidad.



18. Diadema de follaje.



20. Ramo de plumas y flores para acompañar la corona núm. 19.

19. Corona de plumas y flores.



21. Diadema de estrellas.



23. Vestido princesa para baile.

CONSERVACION DEL PESCADO.

En la sesión del 10 de Setiembre de la Academia de Ciencias de París el Sr. d'Amelio comunicó dos procedimientos para conservar la carne de pez. Se prepara una disolución acuosa de ácido cítrico, en la cual se coloca la carne de pez cruda ó cocida, entera ó en tajadas. Al cabo de dos ó tres horas se saca y se expone á un calor moderado para secarla. Preparado de esta manera el pescado, se conserva durante años enteros en cualquier sitio.

El segundo procedimiento sirve para conservar los peces enteros después de haberles sacado los intestinos. Se prepara una mezcla de silicato de potasa (vidrio soluble y glicerina á partes iguales) y se bañan en ella los peces durante uno ó dos días. Luego se lavan con agua fresca y se ponen á secar lentamente. Así preparados los peces conservarán su color y sus ojos.

Explicacion del figurin 1294.

FIG. 1.^a Traje de vestir.—Vestido princesa en armure ó faya negra guarnecida por delante con drapeados terminados con flecos. La cola forma tres pliegues sostenidos con un lazo. Confeccion de terciopelo negro adornada de pieles solamente por delante y alrededor de las mangas, que son abiertas y se vuelven abrochando encima del abrigo.

Sombrero toca de fieltro gris, guarnecido de terciopelo epinglé gris, hebilla de acero y plumas grises.

FIG. 2.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 3.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 4.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 5.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 6.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 7.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 8.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 9.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 10.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 11.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 12.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 13.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 14.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 15.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 16.^a

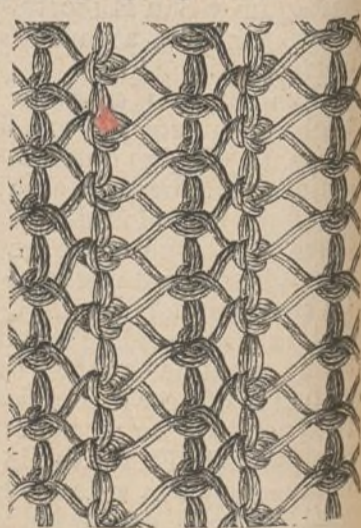
Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.

FIG. 17.^a

Traje de calle.—El rico abrigo que reemplaza el water-proofes de paño gris y blanco, y lleva cuello guarnecido de galones y fleco. El borde de la manga, abrochado sobre el abrigo, lleva el mismo adorno, como igualmente el borde inferior y los costados, realzado con botones de pasamanería. La manga no es doble más que de abajo. El vestido es de terciopelo ó faya verde claro, liso y dibujando extensa cola. Sombrero-capota de terciopelo gris, guarnecido con una guirnalda de flores de raso y terciopelo y bridas verdes y grises. Camiseta y mangas de muselina rizada.



24. Paletot de terciopelo.



26. Punto de aguja para pañuelos.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 4.^a Edición recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.^a, 3.^a y 4.^a el pliego de dibujos.

Administración, calle de la Montera, núm. 11, Madrid.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Editor propietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid

avali, por
ecto, pero
to, pero lo
raen despa
os en color
mucha las
adhiere á la

do.
la Academia
comunió da
na de pez. Se
do citroy, en
da ó cocida,
tres horas se
o para secar-
lo, se conser-
vado.

ara conservar
as secando los
de silencio de
artes iguales
no ó dos días.
poum á sear
conservada

in 1294.
tido princesa
ida por delan-
son floos. La
nidos con un
o negro ador-
delante y atre-
abiertas y se
del abrigo.
gría, gume-
is, heillo de
y

para pafuolen.
eva el mismo
bordo inferior
ociones de pa-
oble más que
ciopelo ó faya
extensa col-
lo gris, guar-
lores de raso y
rises. Camise-
la.

po
ip
Di



CORREO DE LA MODA

13 de Diciembre de 1877
Derecho
DIBUJOS PARA BORDADOS.

- Núm. 1.—Cenefa para muebles y cortinajes, bordada sobre paño con sedas de colores.
- Núm. 2.—Cenefa bordada al pasado sobre paño para muebles ó cortinajes. También puede bordarse al punto piqué ó á cadeneta. Si se quiere que tenga aspecto no hay más que calar una parte del dibujo y ponerla al otro lado formando ángulo recto.
- Núm. 3.—Ángulo bordado á punto ruso con seda de color sobre paño, ruso, terciopelo ó piel, según el objeto á que se destine.
- Núm. 4.—Puntilla para niño. El dibujo no da más que la mitad que debe completarse, calculándolo sobre un papel doblado. El bordado se ejecuta, bien á cadeneta con seda de colores, ó con 7 hilos de cadenas de tono más claro que el fondo adornadas con puntos de fantasía.
- Núm. 5.—Cenefa con ángulo, bordada á punto piqué para tapete ó sobre tul griego para cortinajes.
- Núm. 6.—Pie de lámpara ó jarro. Se borda sobre cachemir ó terciopelo, á puntos largos, con cordoncillo de seda de color.
- Núm. 7.—Relojera de terciopelo negro, bordada á cadeneta con colores vivos. La cruz es de oro, rellena de perlas doradas.
- Núm. 8.—Puntilla para señora. Se puede bordar sobre paño ó sobre cachemir, haciendo un punto en cada ángulo en la línea del dibujo con colores vivos y opuestos.
- Núm. 9.—Puntilla para hombre. Los instrumentos se ejecutan al pasado con sus colores naturales, las trompas amarillas, el álbum blanco, la guirnalda rosa y verde, y el cervo á cadeneta con seda más.
- Núm. 10.—Cigarrera. Es de piel de Rusia, bordada con cordoncillo de seda de tono más claro. La cabeza del caballo es castaño, los látigos negros y la guirnalda verde oscuro.
- Núm. 11.—Dibujo para cordero, bordado con soutache ó á cadeneta.
- Núm. 12.—Dibujo para pañuelo ó cortina. Pudiendo ser negro, blanco ó de color, el cuadrado es de soutache ó trencilla y lo demás calado, hecho con algodón grueso.
- Núm. 13.—Cenefa para traje de niño. Soutache ó cadeneta y la cruz á puntos largos.
- Núm. 14.—Entradas para ropa blanca. Plumétis y cordoncillo.
- Núms. 15 á 18.—Cenefas para ropa blanca, bordadas á plumétis y festón.
- Núm. 19.—Ramito para sembrados.
- Núms. 20 á 23.—Letras y cifras adornadas.

Reves

- Patrón de un vestido para bebé y de un delantal para niña.
- Núm. 1.—Delantero del vestido.
 - Núm. 2.—Espalda. Los pliegues van indicados en el patrón. +++
 - Núm. 3.—Costadillo de delante.
 - Núm. 4.—Costadillo de la espalda.
 - Núm. 5.—Manga que se corta en dos pedazos. Va indicada la parte inferior.
 - Núm. 6.—Bolsillo. Debe colocarse en el mismo sitio en que se halla sobre el patrón. ooooooooooooooooooooooooooooo
 - Núm. 7.—Cuello del vestido acabado. El modelo es de lana azul guarnecido con galon blanco y bordado de azul.
 - Núm. 8.—Mand de un delantal para niña. Se corta doble y al hilo. Para la espalda se cortan dos pedazos iguales al núm. 8 y se cosen en el hombro y debajo del brazo. x-x-x-x-x
 - Núms. 9 á 23.—Cifras adornadas.

